

El Muro o el Monte.
A.B. Yehoshua (1987)

[...]

El kotel en si mismo, como es sabido, es lo que queda de la muralla externa que rodeaba al templo, es una parte de algo que se destruyó. Si el templo fuera construido nuevamente, en su tamaño original, este muro sería algo secundario y accesorio dentro de la gran obra. El Kotel brilla por su monotonía, su división y su carente diversidad. No hay en él ningún elemento estético o arqueológico que le pueda otorgar algo único. No se asemeja siquiera al trozo de algún cuadro o alguna escultura, que incluso mirando una pequeña parte se puede aseverar la magnitud y el valor de la totalidad de la obra. Quien quiera aprender en base a las características y a la forma del Kotel, algo sobre el templo destruido, no recibiría sino una imagen muy triste de aquella obra completa, y es mejor que no saque conclusiones de estos restos, ya que lo que alguna vez hubo fue mucho más bello e impresionante.

El Kotel tampoco lleva consigo ningún resto del culto religioso o espiritual que se llevaba acabo dentro del templo. Toda la esencia del Kotel es su bloqueo, su barrera. Si el kotel fuera una columna, un portal, o incluso una pared separada, aparte, algo a lo que se pudiera rodear o hacer movimientos a su alrededor, incluso mirarlo desde perspectivas diferentes y cambiantes, la esencia del Kotel sería entonces dinámica y libertadora. Pero como hemos dicho, el kotel transmite un solo elemento: Detención, bloqueo. Inmediatamente detiene a quien se acerca y lo bloquea, incluso sin saber qué es lo que cierra, qué es lo que bloquea, incluso quien lo visita no tiene ningún contacto siquiera con una pista de lo que hay tras ese muro. Lo que hay tras esa muralla es desconocido.

Una vez que se deja el Kotel y se sube a la mezquita de El-Akza, inmediatamente nos olvidamos del Kotel, como algo secundario y casual. No hay ninguna interacción entre él y la mezquita, ni siquiera una interacción dramática o trágica. Es una relación de indiferencia mutua. El Kotel nos pide crear un espacio cerrado, un espacio judío en todo su esplendor, pero eso se puede lograr sólo ignorando el espacio que lo rodea. Cuando entramos en la explanada de la mezquita de El-Akza y el domo de la roca, entramos a un sistema arquitectónico, de una civilización nueva, que tiene normas y un estilo propio, conduciéndonos entre una una mezquita y otra a través de una lógica religiosa diferente.

Los judíos en cambio, nos vemos obligados a pararnos frente a una pared cerrada. Son detenidos. El acto de pararse es casi absurdo o incluso degradante. Aquí una breve asociación: Los condenados a muerte también se paran frente a un muro, ya sea de espaldas o de cara hacia el mismo (dependiendo de la misericordia de quien dispare). El Kotel desde su esencia es un símbolo depresivo, absurdo y carente de esperanza. Es divisorio (desde esta perspectiva, es muy judío), desde un principio se concibe como un símbolo religioso, porque está asociado al culto desaparecido del templo, controlado desde las alturas por una gran y linda mezquita, una mezquita activa que muestra enfrentando al Kotel, religión, cultura y civilización de otros pueblos.

[...]

Por otro lado, el acto de apertura de las celebraciones de Iom HaAtzmaut en el Monte Herzl, nos revela nuevamente un lugar lleno de esplendor, con fuerza y símbolos claros que despiertan esperanza; un lugar que sirve de estructura para un estándar imponente, fuente de orgullo para toda una nación. El lugar en si mismo se encuentra en la cima de una montaña, es amplio, abierto a los cuatro vientos, domina sin ser dominado, un lugar con libertad. Un paisaje extenso, expuesto a todos los vientos del cielo. Está lejos de las casas, y así también lejos de los que te venden una pita, de los locales comerciales, y de la gente que cuelga la ropa fuera en sus terrazas. La tumba de Herzl, erguida en el centro, insta a una personalidad unida y amada. El cementerio militar, ubicado al costado nor-

oriente, otorga respeto y evoca el recuerdo de quienes sacrificaron su vida por la independencia de todos nosotros. El Museo de Yad VaShem, que está al sureste, resalta el carácter ético y moral del establecimiento de un estado, que fue levantado a costas de esa gente, a cuenta de nosotros mismos como pueblo, y como señal clara ante los árabes y los demás pueblos. Este museo equilibra muy bien la historia judía entre el exilio y el resurgimiento.

El Monte Herzl es un lugar íntegro, completo, una unidad autónoma que no hiere ni amenaza a través de elementos extraños. Durante no pocos años, el Monte Herzl sirvió como un lugar central para los actos nacionales y cuando fue erigida la Knesset (Parlamento Israelí) en una colina al oriente, no muy lejana, tomó también ella una pequeña parte de las ceremonias. Sólo cuando Ierushalaim oriental cayó en nuestras manos, por una guerra que nosotros no empezamos, cuyo centro estaba en el sinai, bajo amenaza egipcia; y después de que obligamos a Hussein dejar de lado los morteros que atacaban la Jerusalén Occidental, sólo después de eso... Fue adherido el Kotel como símbolo de nuestra vida nacional, y en los últimos años amenaza todo el tiempo, con robarle la primogenitura al Monte Herzl, dando un significado simbólico diferente a nuestra vida nacional, y a nuestras metas centrales.

Cualquier acuerdo de paz, entre nosotros, los palestinos y los jordanos, claramente no podrá devolvernos a la situación previa. Ierushalaim permanecerá unificada, así como la tierra de Israel estará unificada bajo dos soberanías, cuyo paso entre ellas será libre como el paso existente hoy entre Bélgica y Holanda. No hay una frontera física sino, una consciencia de que existen dos identidades bien resguardadas. El acceso al Kotel será por supuesto, libre y abierto, los actos que allí se llevan a cabo, lo seguirán haciendo, pero al ser el Kotel parte de la Jerusalén Oriental, será un lugar combinado con los otros lugares sagrados, volverá a su esencia religiosa, como el Santo Sepulcro, o la mezquita encima de él, y la frustrante tensión nacional que general, se verá aliviada. Le será devuelta su dimensión espiritual, como los restos místico-espirituales de una esperanza y un anhelo mesiánico abstracto.

Muchas veces escuchas entre quienes tienen opiniones moderadas, una frase bastante firme "Pero no podemos renunciar a la Jerusalén Oriental, de ninguna manera", y yo intento decir aquí, que cuando veo las minas que se amontonan bajo las terrazas de esta ciudad, puede ser que justamente POR Jerusalén, tenemos que rápidamente llegar a un acuerdo en Cisjordania.